

Arqueología Urbana en Las Palmas de Gran Canaria



Dibujo de La Bahía de Las Isletas con sus fortificaciones. Realizado por Próspero Casola en 1635.

Pero lo que Torriani ni su homólogo Casola sabían es que esta antigua fortaleza, a lo largo de su por entonces corta pero intensa historia, había sufrido profundas modificaciones, en aras de una mayor eficacia, evolucionando desde aquella simple y primigenia torre hacia la construcción maciza que ellos conocieron. Ahora, el pasado de esta fortificación ha quedado finalmente desvelado basándose en los estudios históricos y excavaciones arqueológicas que se han llevado a cabo con motivo de las obras de rehabilitación iniciadas en el mes de septiembre de 2001 y que están a punto de concluir.

Obras de rehabilitación y primeros hallazgos

En octubre de 2001, el Servicio de Patrimonio Histórico del Cabildo de Gran Canaria procedió a la paralización cautelar de las obras de rehabilitación que se llevaban a cabo en el Castillo de La Luz, situado en el Puerto de La Luz de Las Palmas de Gran Canaria. Tal medida vendría motivada por el hallazgo casual de una edificación de piedra con mortero de cal, de carácter aparentemente defensivo, que se descubrió en el interior de la referida fortaleza, enterrada bajo varios miles de metros cúbicos de arena, cuando se procedía al vaciado del monumento.

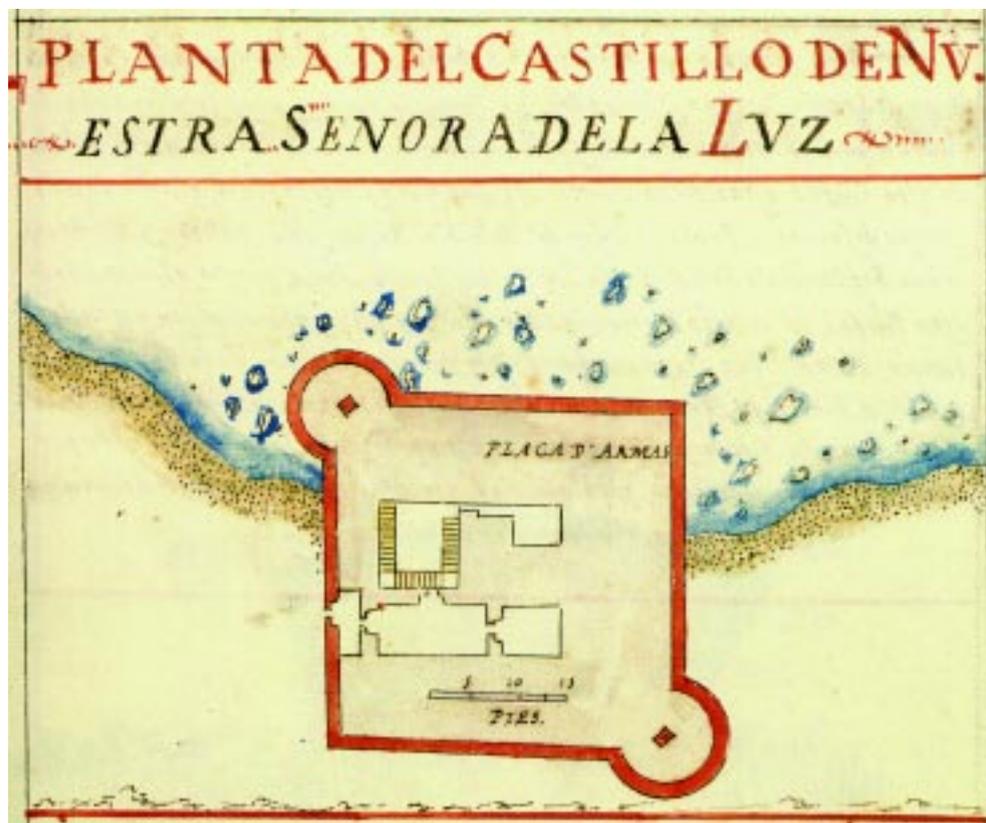
Fotografía del Castillo de la Luz y su entorno a principios del Siglo XX. Fondo fotográfico de la FEDAC.



Intervención arqueológica en el Castillo de La Luz

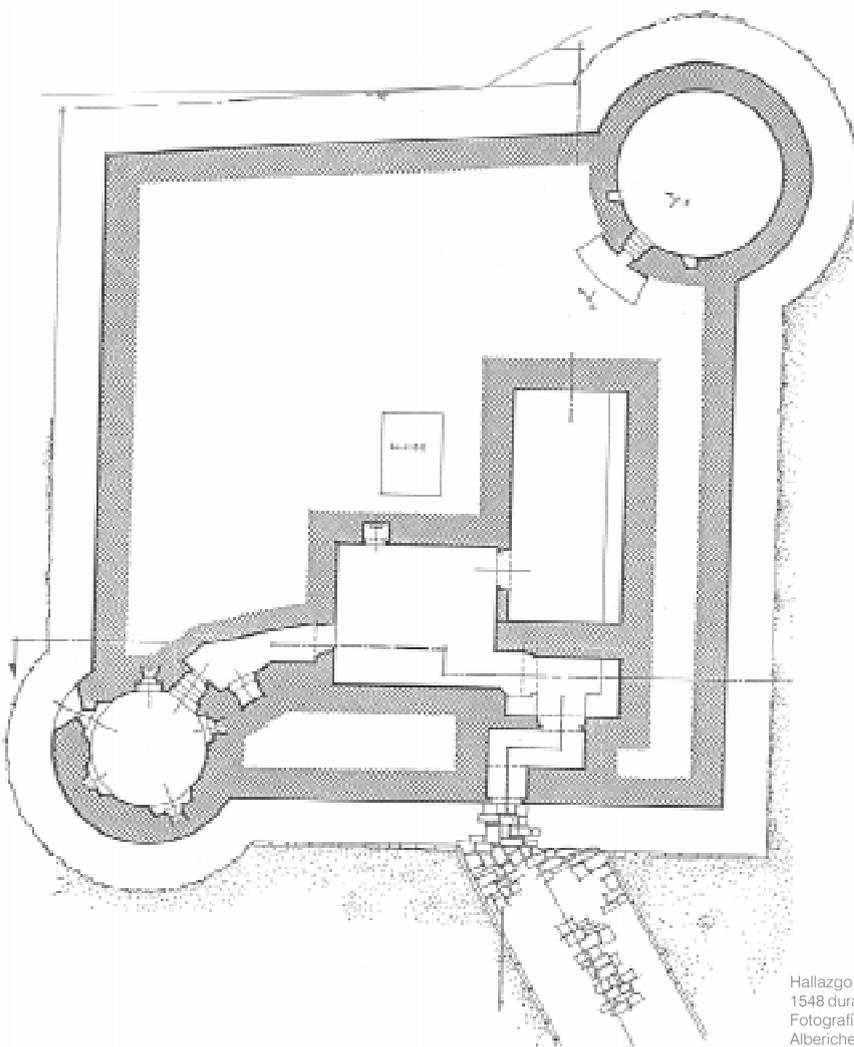
Julio Cuenca Sanabria / José Guillén Medina / Guillermo Rivero

La Fortaleza de Las Isletas, más tarde conocida como Castillo de Nuestra Señora de La Luz, es el ingenio militar más antiguo de cuantos se conservan en la isla de Gran Canaria. Sus orígenes se remontan al año 1479, cuando Juan Rejón construye en la Bahía de Las Isletas una torre cuadrada para asegurar la retaguardia e impedir de paso el desembarco de los portugueses, que por entonces reclamaban los derechos a la conquista de Gran Canaria. Quince años después, en 1494, el tercer gobernador de la isla, Alonso de Fajardo, siguiendo instrucciones de Isabel La Católica **"alzó la torre de las Isletas que estaba vaxa y púsole dos tiros de hierro"**. Pero la traza que hoy conocemos de la fortaleza, cuadrada con dos torreones, estaba ya concluida en 1571, por lo que en su construcción no intervinieron los ingenieros militares Leonardo Torriani ni Próspero Casola. Ciertamente los dos habían recibido encargo del rey Felipe II para que procedieran a trazar cambios que mejorasen la eficacia de una fortaleza que en opinión de Torriani: **"Fue hecha solamente para defender las naves que echan el ancla debajo de ella. Y como no se consideraron más que los efectos en dirección del mar, no se procuró darle mejor forma, para que se pudiese también defender por tierra"**. Para su mejor defensa proponía Torriani añadirle cuatro baluartes en sus esquinas, obra que nunca se llegó a ejecutar porque tal y como consideraba su sustituto Próspero Casola, en carta enviada al rey Felipe II: **"No son necesarios ni convenientes antes parece que lo que allí se había de gastar será mejor empleado e importantísimo, en acabar y perfeccionar un Reducto empezado en la Punta de la Caleta que dicen de Santa Catalina, playa a donde el enemigo acude siempre (...)"**.



Planta del Castillo de Nuestra Señora de La Luz. Levantado por Próspero Casola en 1635.

El proyecto de rehabilitación, obra de los arquitectos Fuensanta Nieto y Enrique Sobejano, financiado por el Ministerio de Fomento con fondos europeos, se basaba en un estudio histórico, inconcluso, sobre todo teniendo en cuenta la envergadura de la intervención –en un monumento histórico– que iba a ser literalmente "vaciado" para lograr, según la propuesta de los referidos autores: **"La rehabilitación del edificio en lo referente a sus elementos constructivos, instalaciones y acabados, así como la adecuación de sus espacios a las necesidades del futuro Museo del Mar"**.



Planta y secciones del Castillo de La Luz antes de la intervención de 2001.



Hallazgo de la barrera artillera de 1548 durante el proceso de vaciado. Fotografía cedida por Luz Marina Alberiche. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

Las obras que se iniciaron en el mes de septiembre de 2001, se centraron, en una primera fase, en trabajos de demolición, con objeto de eliminar “*elementos arquitectónicos extraños*”, sobre todo los introducidos en las reformas que afectaron a este BIC en 1968. Durante esta fase de las obras se emplearía maquinaria pesada, que actuó desde la cubierta del edificio, por lo que en poco tiempo se pudo alcanzar una gran profundidad, a base de extraer miles de toneladas de tierra y arena hasta que afloraron los restos de una muralla interior construida a base de piedra con mortero de cal y arena, que parecía presentar cuatro lienzos que discurrían en paralelo con la muralla exterior. El descubrimiento inesperado de estas murallas motivó la intervención del Servicio de Patrimonio Histórico del Cabildo de Gran Canaria, quien encarga, por vía de urgencia en octubre de 2001, a la empresa especializada “Proyectos Patrimoniales” los estudios histórico-arqueológicos necesarios para determinar la importancia, naturaleza y significado de aquellos hallazgos.

Paralelamente, la Dirección Facultativa, ante estas evidencias y tras llevar a cabo consultas con las partes implicadas: Ministerio de Fomento, Cabildo de Gran Canaria y Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, acordó modificar el proyecto inicial, previa aprobación de la Comisión Insular de Patrimonio Histórico, con la finalidad, no sólo de conservar los restos arquitectónicos descubiertos, sino también para que dichos vestigios, que formaban parte de la evolución constructiva de la fortaleza, pudieran incorporarse al proyecto museístico que se centraría, a partir de los importantes hallazgos, en contar la historia y vicisitudes de la fortificación, así como del papel que jugó en la defensa de la ciudad entre los siglos XV y XVIII. Simultáneamente a los trabajos arqueológicos, se llevó a cabo un exhaustivo es-



tudio bibliográfico y documental, este último con especial incidencia en el Archivo General de Simancas, en las secciones Consejo Real de Castilla, Cámara de Castilla, Guerra y Marina, Mapas, Planos y Dibujos, entre otras.

La intervención arqueológica

La intervención arqueológica en el antiguo ingenio militar se fundamentó en la aplicación, con algunas matizaciones, del sistema metodológico diseñado para el análisis de los edificios históricos surgido en Italia a partir de los trabajos de Parenti y Broggiolo, basados en los trabajos de Harris y Carandini, y cuyo desarrollo desembocó en lo que

actualmente se conoce como **Arqueología de la Arquitectura**. Se parte de la consideración del edificio como un documento arqueológico, por lo que ha de ser estudiado con los mismos métodos analíticos aplicados a los depósitos sedimentarios y sujeto, por tanto, a los principios de la estratigrafía. Esto supone el estudio paralelo tanto de los elementos y estructuras constructivas, como de la dinámica sedimentaria, para aproximarnos a una correcta lectura del desarrollo histórico de la construcción.

Tras un acercamiento inicial al edificio, diseñamos una estrategia de intervención que posibilitara, en primer lugar el estudio del subsuelo mediante el análisis de los depósitos sedimentarios, en extensión, que aún se conservaban, y en segundo lugar el estudio de la estructura emergente –paramentos– y de los cimientos, mediante análisis estratigráficos, tipológicos y estructurales. La base fundamental para este trabajo fue el registro y numeración de las unidades estratigráficas (UE), tanto murarias (UEM) como sedimentarias (UES) y el examen de sus relaciones, lo que nos permitiría determinar las distintas fases constructivas del edificio y determinar distintas áreas de actividad. Paralelamente se llevó un exhaustivo control de las obras de rehabilitación y restauración, que no pararon durante la ejecución de los trabajos arqueológicos.

El repertorio de materiales arqueológicos recuperados, aparte de los exhumados en las tareas de excavación, procede fundamentalmente de los rellenos de arena con los que se cubre gran parte de la fortaleza en las obras de ampliación acometidas entre 1563 y 1572. Desafortunadamente, cuando nuestro equipo comienza el tra-

Excavación arqueológica en la planta baja del edificio anexo a la torre, donde se ubicaban las caballerizas y el pajero.



• Intervención arqueológica en el Castillo de La Luz

bajo la mayor parte de dicho relleno había sido extraído y arrojado en las obras de ampliación del Puerto. Sólo se salvaron parte de los rellenos localizados en las zonas de intramuros en el perímetro interior de la fortaleza, retirados con medios mecánicos y cribados en su totalidad. De este proceso de cribado se obtuvo una ingente cantidad de material arqueológico, que supone la mayor parte del repertorio ergológico de la fortaleza.

Además, existen elementos procedentes de rellenos de troneras y almenas que fueron excavadas con procedimientos arqueológicos. Se trata de una basta colección procedente de un contexto cerrado que abarca desde finales del siglo XV hasta el último cuarto del siglo XVI, y que van desde desechos domésticos y de uso común como restos faunísticos, cerámicas o elementos ornamentales, hasta materiales relacionados con labores puramente militares, como munición (proyectiles de piedra labrada, llamados bolaños, utilizados para ser disparados en bombardas o morteros), o moldes para la fabricación de munición de plomo de distinto calibre (disparadas desde sacres, culebrinas, esmeriles, falconetes o arcabuces). Existe una amplia representación, además, de objetos de metal que están siendo identificados tras su necesario proceso de limpieza, como monedas, alfileres, argollas o clavos. Entre todo el material recuperado destaca a nivel porcentual la gran presencia de cerámicas y de fauna tanto terrestre como marina.

Una ingente cantidad de restos óseos de distintas especies terrestres: oviápidos, cerdos o animales de mayor tamaño como caballos, camellos y vacas o bueyes, fueron recuperados en los paquetes de relleno del interior de la Fortaleza. Su estudio aportará una valiosa información no sólo sobre las especies domésticas en Gran Canaria durante finales del siglo XV y el XVI, sino que contribuirá a una mejor comprensión de la dieta alimenticia y economía de los habitantes de esa época. La misma parece, a la luz de los restos exhumados, que se vio enriquecida con un consumo importante de productos marinos, tanto pescado como conchas marinas.

Por su abundancia y variedad, destacan los restos de moluscos marinos, lo cual resulta obvio por la localización del edificio "sobre un marisco vivo cerca del mar" entre los que se encuentran algunas especies actualmente desaparecidas del litoral grancanario, muchas de las cuales debieron ser recolectadas en las inmediaciones para formar parte de la alimentación de los ocupantes de la fortaleza. Pensamos, como hipótesis, que el patrón alimenticio no explica por sí solo la ingente cantidad de malacofauna que integraba los depósitos del relleno interior, y que tal vez su elevada presencia pueda relacionarse con su comercio. Así, conocemos que a finales del siglo XV se genera una importante actividad económica en torno a la exportación de conchas para su venta en el continente africano, que motivó su declaración como monopolio real, tal y como se expresa en un documento enviado por los Reyes Católicos en



Molde para la realización de munición de plomo de distintos calibres.



1497 a Alonso de Fajardo, gobernador de Gran Canaria y responsable de la construcción de la primitiva torre de Las Isletas.

El repertorio cerámico exhumado, posee un interés especial para la investigación arqueológica del primer siglo de colonización castellana por varios motivos. En primer lugar hemos de matizar que se trata de un material procedente de un contexto cerrado, al menos el que se encontró en los rellenos de arena de intramuros y de la zona del patio, que va desde la última década del siglo XV hasta 1572, año en el que se remata la obra definitiva. En segundo lugar, por el volumen de materiales hallado que, aunque fragmentado, muestra una gran variedad formal pues están representadas desde las lozas finas a las lozas comunes, en sus diversos tipos.



Hemos de suponer que esta variedad topológica representada en un contexto puramente militar podría deberse a varias razones; la primera

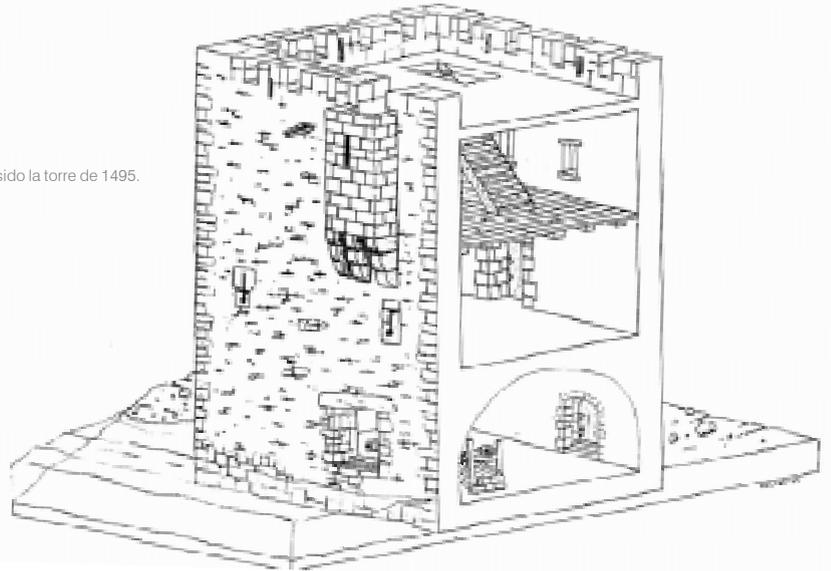


Mortero vidriado recuperado del relleno de una de las troneras de la barrera artillera (1548-1553)



Fragmentos de cerámicas mayólicas aparecidas en los rellenos de arena. Colgante tallado en hueso. Restos óseos de diferentes especies animales que fueron objeto de consumo en el interior de la fortaleza.

Recreación de cómo pudo haber sido la torre de 1495.



de índole funcional, para la realización de tareas domésticas o militares que precisaban tanto recipientes domésticos propiamente dichos, como de otros destinados al almacenamiento, transporte o procesado de materias primas; y la segunda de carácter espacial, puesto que la localización del Castillo de La Luz en el puerto principal de la isla, junto al almojarifazgo, permitía el contacto directo con las importaciones y posibilitaba el fácil trasiego de mercaderías hacia la fortaleza, entre las que se encontraba la cerámica. En este sentido cabría pensar, además, que la abundante presencia de determinados tipos cerámicos, en principio no relacionados con las labores cotidianas desarrolladas en la Fortaleza, como por ejemplo formas azucareras, pudo deberse a su reutilización, tal vez por llegar ya rotas a puerto, como materiales constructivos. La utilización como elemento constructivo, dentro de las continuas reformas que experimenta la construcción a lo largo del XVI, fue otra de las funciones básicas que cumplió la cerámica, utilizada para tapar huecos y juntas o para nivelar superficies.

Un segundo aspecto de la intervención fue el análisis arqueológico del edificio. En este sentido, y mediante un análisis estratigráfico, estructural y tipológico de los elementos que se fueron yuxtaponiendo en el tiempo para dar forma al inmueble, establecimos una hipótesis evolutiva del edificio o, lo que es lo mismo, una secuencia histórica de éste, que sería contrastada con la información existente en las fuentes documentales. Hasta el momento hemos identificado doscientas treinta UEM que están integradas en una matriz o diagrama estratigráfico, a su vez agrupadas por períodos o fases. A grandes rasgos hemos distinguido cuatro fases, tres correspondientes a la evolución que sufre la fortaleza durante los siglos XV y XVI, etapa en la cual el edificio adquiere su estructura definitiva. Y una última etapa que corresponde al siglo XX, en la que una intervención arquitectónica en su interior supone la destrucción de elementos anteriores y la incorporación de otros nuevos. De esta última etapa se documentaron pocas unidades, puesto que gran parte de la obra había sido demolida con anterioridad a nuestra intervención.

Primeras conclusiones: las fases constructivas de la Fortaleza

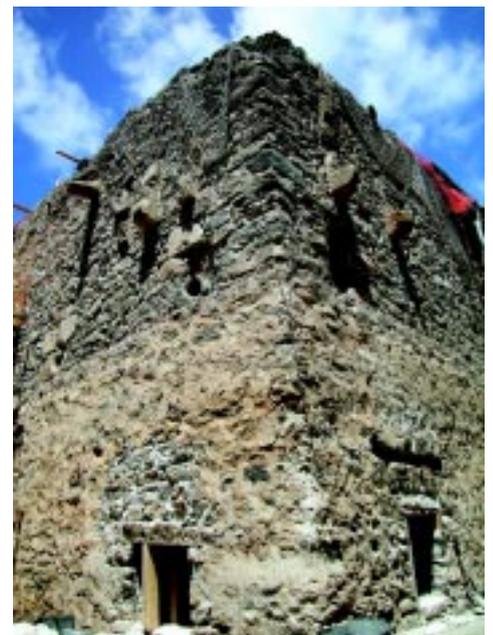
La **Primera Fase**, aunque no se encontraron vestigios, sabemos que se desarrolló entre 1478 y 1494, y se corresponde con la Torre que Juan Rejón, general de la conquista de Gran Canaria, construye en la Bahía de Las Isletas, para proteger la retaguardia de sus tropas e impedir el desembarco de enemigos. Durante la **Segunda Fase**, plenamente registrada (1495-1548), se reconstruye y acrecienta la torre por orden del tercer gobernador de la isla, Alonso de Fajardo. Edificio primigenio que se ha descubierto casi íntegramente en el interior de la actual fortaleza, aunque oculto en parte por obras posteriores. Tiene planta de tendencia cuadrangular de 10 metros de altura por 8 de lado, con paredes

que alcanzan las 3 metros de grosor, construidas con un aparejo de piedra con mortero de cal y arena. En el interior, la torre presenta tres plantas. En la planta baja estaba situada la artillería, probablemente dos bombardas de hierro montadas sobre cureñas, hecho constatado por la presencia de dos cámaras de tiro de techo abovedado, abiertas a un metro escaso de la base, en los lienzos este y sur de la torre, descubiertas durante el proceso de excavación arqueológica.

A esta etapa también puede corresponder un muro que se adosa en la esquina noreste de la torre y que posee una técnica constructiva similar a aquella, tanto en la estructura como en la tronera de cerradura invertida que este muro posee, así como vanos de características semejantes y elementos sustentantes o ménsulas. Desconocemos si esta edificación formó parte del antiguo baluarte donde estaban las dependencias para el alcaide y la tropa que fue mandado a construir en 1511 por orden de Juana de Castilla y su hijo Carlos.

La **Tercera Fase** se corresponde con la construcción de la *Barrera Artillera*, entre 1548 y 1553. A partir de esta actuación, la torre queda rodeada perimetralmente por una muralla o barrera artillera de 23 metros de lado por 5 metros de altura y 175 centímetros de grosor. Esta obra defensiva sería construida en dos fases, mediante un aparejo de sillarejos de basalto y arenisca unidos con mortero de cal y revestidos con el mismo material, al interior y exterior.

La barrera presenta seis troneras para sacres y culebrinas en el cuerpo bajo de las cortinas este y sur, orientadas al mar. El cuerpo superior, a lo largo de todo su recorrido, presenta un sistema de almenas para la instalación de piezas de menor calibre, como falconetes. En los extremos suroeste y noroeste se adosan sobre las cortinas o lienzos dos cubos artilleros cilíndricos provistos de troneras para la defensa de las cortinas. Las bases exteriores de las murallas este y sur, así como de los cubos, se realizaron con un aparejo ciclópeo de grandes bloques basálticos, en las primeras, y con aparejo isódomo de grandes sillares de arenisca en los segundos. La elección de estos sistemas constructivos sólo en estas zonas se debió a que se encontraban



La Torre de Alonso de Fajardo descubierta tras la excavación.

orientadas al mar y recibían el constante embate del mismo.

Los cuatro lienzos o cortinas que formaban la primera muralla defensiva de la torre no presentan un aspecto homogéneo, dado que se trazaron para cumplir funciones defensivas y ofensivas de

La Barrera Artillera (1548-1553), después de los trabajos de excavación y restauración.



• Intervención arqueológica en el Castillo de La Luz



Reconstrucción de la fortaleza con su muralla defensiva entre 1553 y 1563.

distinta naturaleza. Los lienzos norte y oeste daban a tierra y eran por tanto más altos, sobre todo en la zona del único acceso al recinto fortificado. Estos lienzos estaban dotados de almenas, aspilleras y saeteras para armas de bajo calibre, así como de un adarve corrido desde donde se podían defender de un ataque terrestre. El lienzo oeste tenía una tronera o cámara de tiro a un metro de la base, en su extremo SO, donde la muralla daba al mar.

Esta muralla defensiva primigenia sufrió graves daños por diversos ataques navales, tal y como aún se puede comprobar en lo que parecen ser reparaciones precipitadas para tapar grandes huecos en la muralla producidos por el impacto de proyectiles, realizadas con piedras, arena, tierra y cal, sin ningún tratamiento externo.

La Cuarta Fase, en la que la fortaleza cobra su aspecto definitivo, se sitúa entre 1563 y 1572. Entre estos años el edificio cambia totalmente su aspecto, ganando en altura y solidez, y desapareciendo definitivamente la estructura de torre central rodeada perimetralmente de una barrera artillera. Estamos por tanto ante un nuevo proyecto de fortificación motivado seguramente ante la incapacidad defensiva de la fortaleza primitiva, cuya barrera artillera resultaba a todas luces insuficiente para resistir los constantes ataques de buques de guerra de gran tonelaje, cada vez mejor pertrechados, que desarrollaban con sus cañones los muros de la vieja fortificación.

Entonces se toma la decisión de construir una nueva fortaleza, cuadrada y maciza, con dos cubos artilleros cilíndricos en las esquinas NE y SO, levantados sobre los antiguos hasta alcanzar la altura de la nueva muralla exterior, y que protegen las cortinas con piezas de artillería desde sus troneras de buzón. La nueva muralla de 12 metros de altura se levanta por fuera de la vieja barrera artillera, pero a unos escasos 150 centímetros de separación. A medida que se van levantando los muros exteriores se va rellenado el espacio interior con arena compactada, tierra y escombros de la misma obra. Para darle mayor consistencia se refuerzan con contrafuertes de la misma altura pero que apoyan

perpendicularmente, a modo de cuñas, entre los muros de la primitiva construcción y los nuevos. La nueva fortaleza tiene también forma cuadrada, con cortinas 23 metros de lado.

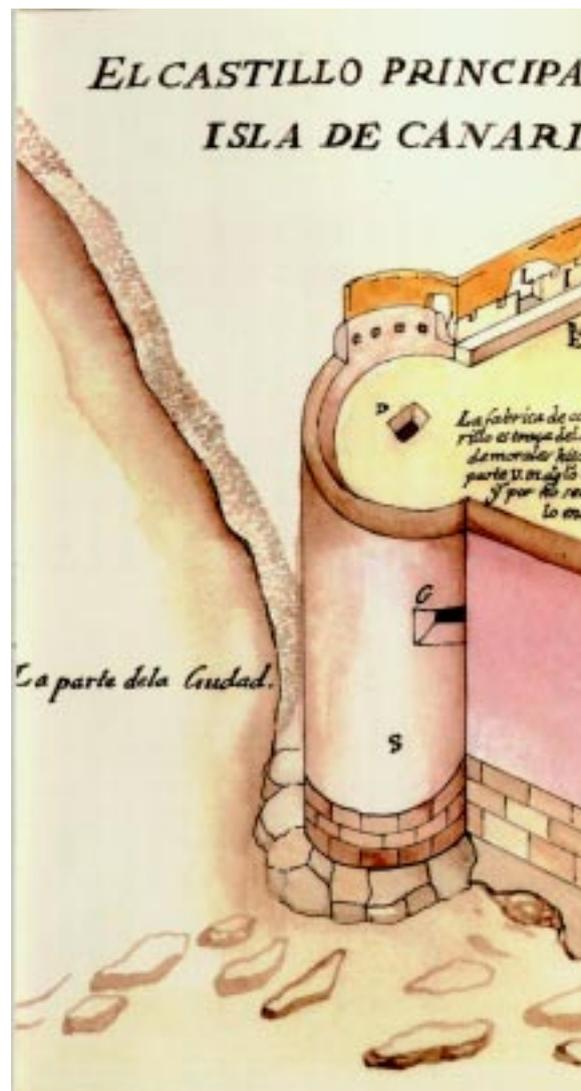
Sólo queda sin cubrir el antiguo "patio de armas", que se convierte en hueco de ventilación y además en el único punto por donde se puede acceder a las dependencias interiores y a la plataforma o explanada de artillería de la fortaleza, por lo que está provisto de una escalera de madera levadiza. A este patio sólo era posible acceder después de atravesar la puerta, antepuerta y contrapuerta de la fortaleza. La defensa de estos vanos se realizaba por medio de una jareta o hueco rectangular que se encontraba entre la puerta y la antepuerta que, para mayor defensa, no estaban alineadas. El patio de armas también hacía las veces de jareta, pues desde la cubierta o plataforma de artillería de la fortaleza se podía atacar al enemigo que hubiera logrado atravesar las tres puertas.

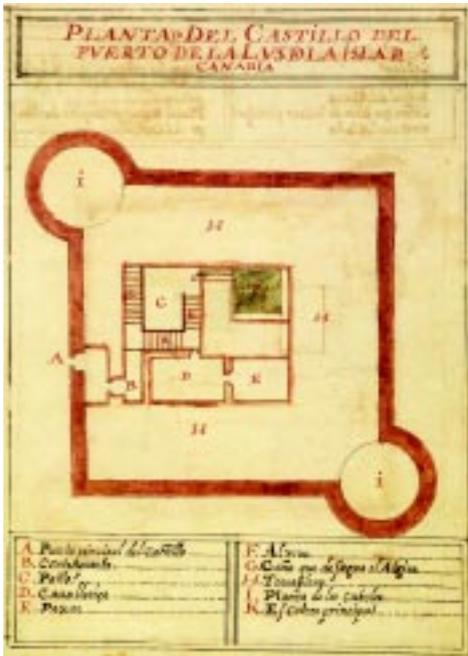
Desde la escalera levadiza se accedía a las tres plantas de una edificación rectangular construida entre la torre y la muralla antigua, en la parte oeste de la fortaleza. En estas dependencias se tienen los almacenes, caballerizas, alojamiento de la tropa, las cocinas y la estancia del alcaide en la última planta. El polvorín se instala en la primera planta del torreón, en el corazón de la fortaleza, donde se encuentra la obra más consistente.

En previsión de un largo asedio, la planta baja del torreón se transforma en aljibe que recibe el agua de la lluvia desde la plataforma de artillería o cubierta de la fortaleza a través de un sistema de pequeños canalillos. Así, las antiguas cámaras de tiro de este piso son cubiertas por una potente obra de piedra y cal. Los cubos artilleros, provistos ahora de dos plantas, tienen accesos individualizados, no pudiéndose comunicar entre sí.

Al cuerpo superior se accede desde una trampilla abierta en el techo, a las plantas bajas se llega por medio de un pasadizo que se construyó antes de rellenar con arena el interior de la fortaleza. Uno de los cubos, el de mayor capacidad, cumple además la función de silo para conservar granos y está preparado también para servir como cárcel en la planta baja.

La artillería se instala en la plataforma o cubierta del castillo a 12 metros del suelo, que por las troneras existentes debió tener al menos doce grandes piezas, además de las instaladas en los cubelos, si bien en una relación de la artillería de





La Fortaleza de Las Isletas en 1686, según la traza de Pedro Agustín del Castillo.

los castillos de Gran Canaria, realizada por Torriani en 1590, la Fortaleza de Las Isletas sólo contaba con once piezas.

La última fase en la que se realizaron obras importantes que afectaron sobre todo a la organización interna del edificio tuvo lugar entre los años 1968 y 1972. De la misma, si bien conocemos que se destruyeron numerosos elementos constructivos y se añadieron nuevos, sólo pudimos documentar los vanos abiertos en distintas paredes del edificio, puertas y ventanas enmarcadas en cantería realizada en toba volcánica.

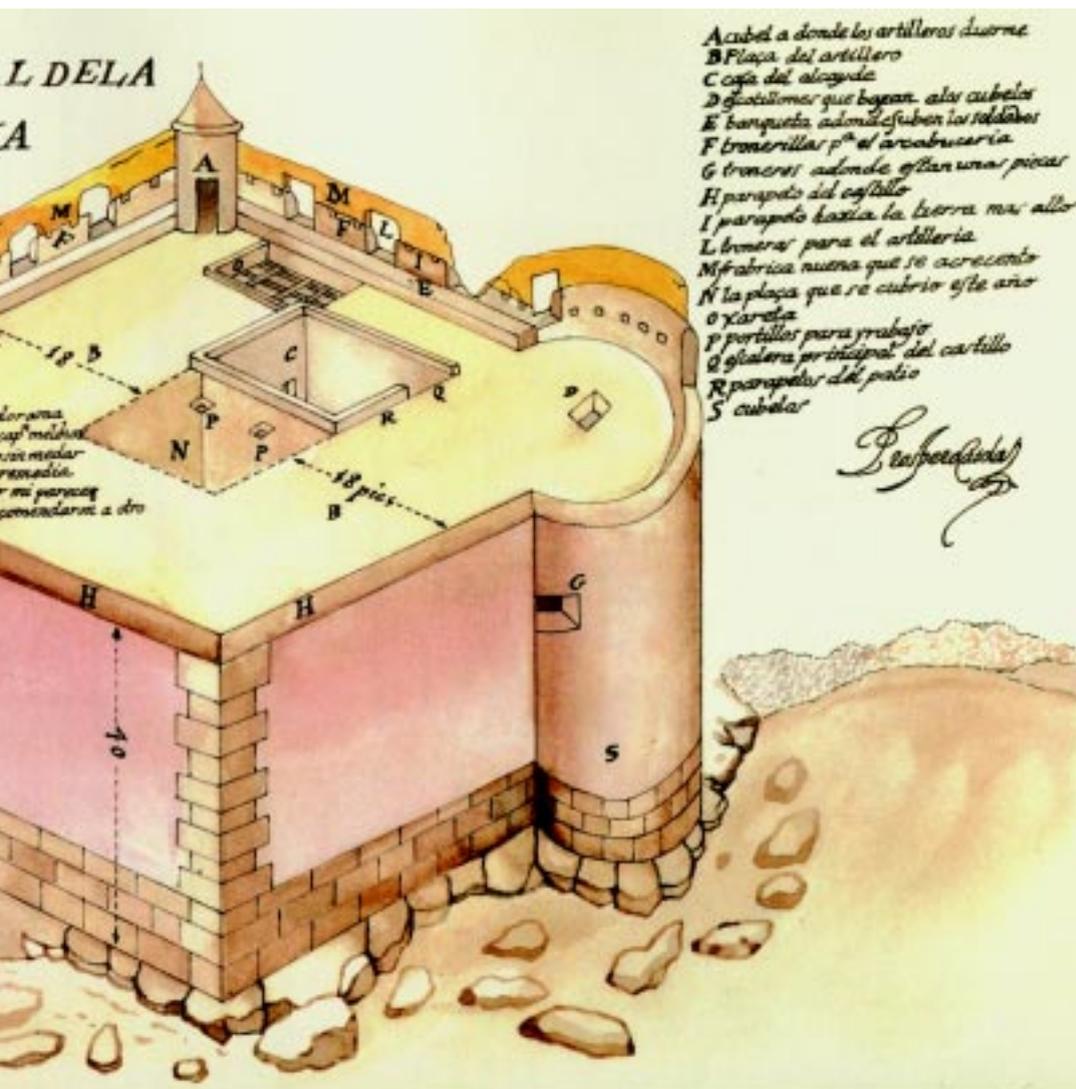
Los autores de la Fortaleza

Agustín de Amodeo, el primer ingeniero militar enviado por Felipe II a Gran Canaria, encontró en 1572 la nueva fortaleza casi terminada, entonces **¿quién fue el autor de la traza del Castillo de La Luz y quiénes dirigieron aquella compleja obra de arquitectura militar?** Sorprendentemente, no existen documentos escritos que lo reseñen, pero creemos que pudieron haber sido Pedro de Narea y Juan González, maestro mayor y aparejador, respectivamente, de la obra de la Catedral de Las Palmas de Gran Canaria, que por entonces se encontraba aún en construcción. También intervendría en el proyecto el excelente cantero Manuel Acevedo.

La pista sobre los posibles autores la obtuvimos de la cesión, en 1567, de la cal para la Fortaleza que tenía almacenada el Cabildo Catedral para las obras que estaban realizándose en el templo de Santa Ana. Era maestro mayor de la obra catedralicia Pedro de Narea, Juan González su aparejador y Manuel Acevedo el cantero.

Por tratarse de la obra más importante que por entonces se realizaba en la ciudad, era lógico pensar que ellos fueran también los autores de la nueva fortificación. En efecto, en las Actas Capitulares de la Catedral encontramos referencias que refuerzan tal suposición, porque el 26 de febrero de 1572 el Cabildo catedralicio da permiso a Juan González para que pueda marchar "a la isla de Tenerife a trazar una torre que en aquella isla ha de hacer". Igualmente, un año después, el 5 de junio de 1573 obtiene un nuevo permiso para ir a trabajar al fuerte de San Pedro Mártir "por los días que fuese necesario".

Una postrera referencia del 8 de marzo de 1576 habla del permiso que dieron al maestro Narea para pasar "a la isla de Tenerife a dar traza en ciertos fuertes que quiere hacer aquella isla". Así, tanto Pedro de Narea como Juan González han quedado documentados como arquitectos de fortificaciones en los tiempos de Felipe II.



Traza de la Fortaleza realizado por Prospero Casola en 1595.

La Torre de Alonso de Fajardo en la actualidad.

